

**GABINETE  
VENECIANO**

**FERNANDO R. MANSILLA**

1ª edición, *La Mirada Malva*, 2011  
Colección Mirada Narrativa 09

© Fernando R. Mansilla, 2011  
© La Mirada Malva, 2011  
© Fotografía contraportada, Carlos Villacorta

Diseño de portada: Mauricio Pontillo Gálvez

Reservados los derechos de esta edición para  
Editorial *La Mirada Malva*  
c/ Vitoria nº 6, 28223 Pozuelo de Alarcón  
Madrid – España  
Teléfono (34) 915 189 899  
[www.miradamalva.com](http://www.miradamalva.com)  
[miradamalva.blogspot.com](http://miradamalva.blogspot.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta  
obra sólo puede ser realizada con la autorización  
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos  
Reprográficos [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita  
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN-13: 978-84-938729-1-5  
DL.: SE

# ÍNDICE

Capítulo I	3
Capítulo II	17
Capítulo III	39
Capítulo IV	61
Capítulo V	85
Epílogo	119

# GABINETE VENECIANO

*À la très chère, à la très belle*

“Los hombres más grandes, los que tienen el mejor y más reconocido gusto, no sienten el menor escrúpulo en adornar sus gabinetes privados con desnudos, aun cuando, en concordancia con ciertos prejuicios vulgares, no los consideren adornos decentes para la escalera o para la sala”.

John Cleland, *Fanny Hill*

## Capítulo I

Cuando me enteré de que el profesor Octavio Espina dejaba la universidad para irse del país no me sorprendió del todo la noticia. Lo supe dos semanas después de concluidas las clases. Había ido a ver si ya estaban las notas publicadas en la facultad. Espina se lo había mencionado a un compañero que fue a buscarlo para que le dirigiera la tesis. Realmente no llegué a conocerlo más allá de las clases, pero tuve la impresión de que no se sentía del todo cómodo en el puesto. Recuerdo que, un semestre antes, el viejo profesor Converso nos había recomendado matricularnos en el curso de Espina, cuyo sílabo estaba disponible en la secretaría. El curso, para estudiantes de último año, se llamaba *El legado veneciano en la España del Barroco*. La gente se entusiasmó, ya que si bien un curso de arte europeo aparecía como obligatorio en el programa de estudios, no se había abierto un curso así en muchos años, dado que no había especialista. El profesor Espina había venido para ocuparse de la cátedra de Arte del Renacimiento y Barroco. Decían que Converso lo repatrió. Por eso, saber que Espina se marchaba, tras solo un curso, fue una noticia intrigante. ¿A dónde volvería? ¿A España o a Italia? Espina decía que España, donde había investigado al lado de Jonathan Brown, era nuestra madre e Italia nuestra maestra.

Las clases de Espina eran diferentes y, al menos a mí, me parecían originales. Iba a la clase

con sus propias reproducciones y libros que iba pasando entre los estudiantes. Todos los materiales tenían su *ex libris*. A mí me impresionaban su buena memoria y su manera de disertar sobre los temas del curso como si fueran asuntos familiares y hasta frívolos. Le gustaba empezar con alguna anécdota. Por ejemplo, arrancaba diciendo: “Cuando Carlos I visitaba el taller de Tiziano, le gustaba ver cómo trabajaba y seguía su labor de cerca. Esto no debe extrañarnos. Ya Alejandro labraba la amistad de Apeles, el único pintor que tenía permiso de retratarlo, y a quien aquel le regaló una esclava. ¿Han leído *Darlo todo y no dar nada* de Calderón? Allí se desarrolla esa historia. Bueno, Carlos I y Tiziano. Una vez a Tiziano se le cayó un pincel y Carlos lo recogió. Atención: Carlos, el emperador y dueño de medio mundo, incluidas estas lejanas tierras, se agachó y recogió el pincel caído. ¿Saben lo que eso significa? Un rey no hace eso por cualquiera. Él lo hizo porque la pintura le parecía un trabajo digno de príncipes, algo que él hubiera podido hacer sin que se le cayeran los anillos. De lo que vamos a hablar hoy es de la nobleza de la pintura, de su *ingenuitas*, en términos latinos...”. Esto lo hacía con naturalidad o, mejor dicho, con *sprezzatura*, concepto que se encargó de enseñarnos con otra anécdota, la de los hombros de Fernando el Católico. Al final, uno se quedaba con la impresión de que Espina hablaba de la historia del arte como un ama de casa hablaría sobre su vecina o sobre su jardín.

Quizás me estoy dejando llevar por el entusiasmo. A veces también parecía un esnob. Una vez dijo que no podía usar zapatos negros. En otra ocasión, en un almuerzo de profesores, declaró que

no soportaba la mayonesa que se hacía en el país y que únicamente podía consumir la mayonesa importada que vendían en un solo supermercado de la ciudad. En todo caso, uno tenía la sensación de que Espina no pertenecía o no le interesaba pertenecer, integrarse. Había regresado al país tras cinco años fuera. Un amigo, que había estado en clases con él diez años antes en la facultad, decía que en realidad esa actitud la había refinado en Europa, pero que ya era un esnob en ciernes cuando estudiaba aquí.

Una compañera esgrimió una razón para su partida: una decepción amorosa. Decía ella que podía ser que Espina hubiese regresado para casarse y que luego el matrimonio se cayó. Yo no sabría decir si eso tuvo algo que ver, pero decían que lo vieron más de una vez con una mujer pelirroja que debía de ser su novia. Tendría mucho sentido ya que otra de las cosas que aprendimos en su clase es que la cabellera paradigmática de la hermosa no siempre es rubia, sino que también se le representaba como bermeja. Recuerdo que una de las clases más sabrosas que nos dio fue la que dedicó al retrato femenino en Tiziano. Entonces nos habló del cuadro *La bella* y de la *Venus de Urbino*. Y cuando hablaba parecía que nos describía no una pintura, sino una mujer de verdad. Espina lograba esas cosas. ¿Habría ido a Italia? Decía que todo lo bueno venía de allá.



Las mujeres son como caballos. Es cuestión de perspectiva. Cuando voy por la calle, basta con mentalizarme y asumir que todas esas mujeres

(jóvenes, adultas, ancianas, adolescentes inclusive), son animales de paso. Algunos mucho más gallardos que otros, pero en esencia animales con grupa, piernas elásticas y cuellos que, en movimiento coordinado, constituyen un espectáculo de la naturaleza. Hay que saber mirar. Como cuando, en verano, empiezan a usar sandalias. Qué placer es entonces descubrir unos deditos como bocado para meterse a la boca o el talón rosa carnal que promete tantas delicias para el paladar. Cuando uno ve las cosas así, descubre que en el mundo hay, quizás, demasiada belleza y que una buena cantidad de ella está concentrada en ciertas mujeres, o sea en los soberbios caballos que van al trote por nuestras aceras. Lamentablemente, vistas así, las mujeres, como los caballos, son solo para hedonistas, es decir, gente dispuesta a invertir tiempo, esfuerzo y dinero en ellas. Como los caballos, están sujetas a pasiones, a marchas y contramarchas que conviene sosegar o conducir por buenos cauces. Tal como los caballos, también, algunas mujeres suelen ser para los hombres como joyas vivas o piezas de exhibición. Finalmente, y a manera de resumen, mujeres y caballos pueden ser auténticas obras de arte.

¿Cuándo descubrí a las mujeres como soberbios animales de paso? Debió ser cuando tenía diecisiete años. En esa época me fascinaban las chicas mayores que yo: chicas de veinticuatro o veinticinco. Esto ocurrió en mi último año de la escuela. Asistía por las noches a un taller de creación literaria. Yo quería ser escritor. Precisamente aquel taller sirvió para renegar de la idea y abrazar más adelante el estudio de la pintura. Yo debía ser el



más joven allí, pero no lo aparentaba (recuerdo que iba con pantalones de pana e incluso una vez fui con chaqueta). El público estaba conformado mayormente por veinteañeros, estudiantes de universidad, diletantes y gente mayor que salía de la oficina y para la cual ese taller de hora y media era un relajo.

En ese entonces yo era muy tímido y me costaba mucho hablar con chicas. Asistía a un colegio de hombres donde los sacerdotes nos hacían transcribir fragmentos de la Biblia como castigo, cuando no nos golpeaban con una vara. Mi gran transgresión consistía en escaparme de las clases para ocultarme en la huerta del convento, leer y ponerme a fumar a escondidas. Así leí *Madame Bovary*, admirando a la esposa del aburrido médico rural que cruzaba el lodo a las cinco de la mañana para encontrarse con su amante Rodolfo; y también *Rojo y negro*, tratando de asimilar los consejos del príncipe Korasoff mejor que como lo haría Julian Sorel. Supongo que esas lecturas me hacían romántico, o sea idealista. Me compadecía de Emma Bovary y suspiraba por el refinamiento de la señorita de La Mole, pero no tenía con ellas otro punto de contacto que no fuera el que su vulnerabilidad me ofrecía. Como todos los adolescentes, me masturbaba, pero lo hacía con el complejo pecaminoso que los curas nos inculcaban: existían las mujeres malas de cuerpo, aquellas que nos tentaban, y existían las dulces y frescas muchachas en flor como la señorita de La Mole o la sensible Emma Bovary, quienes merecían una consideración que había de manifestarse en largos paseos, miradas furtivas y quizás, tal vez, en

un arranque de emoción, apretarles suavemente la mano o besársela como el náufrago lo hace con la arena. Nada más.

Ese era mi imaginario sentimental, dicotómico y bastante necio. Así llegué al taller del escritor medianamente famoso de nuestra ciudad. Allí leímos algunos buenos relatos que me hicieron ampliar mis preferencias literarias. Uno de los tales fue un cuento de Manuel Vázquez Montalbán, sobre un hombre que seduce a un ama de casa, a la que educa y convierte en un prospecto de la política. Pero lo que me impresionó más no fue la historia ni la elaboración de la trama, sino el estilo, con descripciones cuya sensualidad me perturbó y me hizo pensar por primera vez en ciertas partes del cuerpo sin sentir que estaba haciendo algo malo. Ese descubrimiento vino de la mano con otro, más terrenal, y dentro del mismo taller: me percaté de la existencia de Matilde de la Flor.

Matilde era una joven delgada, ni muy alta ni muy baja, estudiante de psicología y, por su forma de vestir, empleada a medio tiempo en una oficina, quizás en un consultorio médico. Se sentaba siempre en la primera fila. Inicialmente me fijé en su nombre, el mismo de la hija del marqués de La Mole. Como la Matilde de *Rojo y negro*, la muchacha del taller tenía esa distinción de las clases altas y un aroma delicioso. Inútil para establecer una conversación con ella, acomplejado por el acné adolescente y, en general, por mi total inexperiencia frente a las mujeres, me dediqué a observarla o, mejor dicho, estudiarla. Quería saber *qué* me gustaba, *cómo* se producía esa atracción y *por qué* era así. Me consolé pensando que si bien no iba nunca a hablarle ni a

tener por ende la más mínima opción de siquiera ser su amigo y disfrutar de su presencia más allá del tiempo del taller, al menos aprendería algo útil: auscultar la belleza.

Para empezar, tenía el rostro ovalado y unos ojos grandes y profundos, del color de las almendras. Las cejas eran pobladas, pero las mantenía a raya con una buena depilación, como Jennifer Conelly. La nariz era roma, la boca pequeña y estrecha a menudo pintada de rojo borgoña, lo cual la hacía parecer seria, mas no aburrida. Las orejas eran diminutas y lo suficientemente pegadas al cráneo. Las adornaba con oro o con perlas, reflejando nuevamente formalidad. El cabello solía llevarlo suelto, largo y lacio, bien peinado y con un olor que tardé mucho en descubrir. Tuve que ir a una tienda y ponerme a revisar distintas clases de champú para determinarlo: lavanda. Ese cabello, como el marco de su rostro, me fascinaba. Me hice a la rutina de sentarme justo detrás de ella y aprendí a adorar esa tapia de castaño oscuro, con algunos destellos más claros, que me negaba su gesto durante casi toda la clase, aunque a ratos me daba una tregua: giraba levemente, unos cuarenta y cinco grados, y yo podía admirar la mejilla de bermellón, la humedad acechando en la comisura o la delicadeza de esa parte media del labio superior cuyo nombre desconocía y luego aprendí: *arco de Cupido*. O la pelusilla blanquecina que algún azaroso contraluz me permitía ver en su barbilla. Así era el rostro de Matilde y si lo recuerdo con esa claridad es porque prácticamente lo diseccioné.

Algo parecido hice con su cuerpo, que era breve, aunque bien proporcionado. Del tronco

aprendí a admirar su clavícula, que entreveía gracias a sus blusas blancas o cremas. A veces llevaba un colgante, que hacía que me fijara especialmente en esa cavidad que divide la clavícula en dos. Los senos no eran exagerados, tampoco magros y se insinuaban lo justo. Sus faldas le besaban la rodilla, estaban entalladas y eran de colores tierra. Aprendí a admirar esas rodillas redondeadas, no flacas o huesudas, lo cual revelaba su madurez física. Las piernas no eran atléticas, algo raro en estos tiempos, pero a mí me gustaron (y me siguen gustando así). Los pies nunca los vi descubiertos, pero eso no fue una molestia, por el contrario, fue la fuente de mis mayores regocijos por entonces. Me fascinaban sus zapatos de muñeca con hebilla y tacón cuadrado, modelo que estaba de moda por aquellos años. Tenía otros, con puntera, de ante, cuyo tacto era una de mis grandes fantasías. En adelante, no dejé de admirar zapatos femeninos y de juzgar a una mujer por su calzado. Vicio solitario, pero en absoluto culposo. Empecé a ver a Matilde como un todo integrado: sus ojos almendrados eran tan importantes como sus medias de color piel, la falda alta o su cuello.

Porque Matilde también me enseñó a apreciar los cuellos de mujer. Fue en una de las últimas sesiones. Me había habituado al cabello descendente y lacio, del cual se desprendía a veces una hebra. Yo había rescatado una de ellas y la había puesto en un libro de poemas de Neruda, aprovechando a la Matilde de este. El caso es que por primera y única vez Matilde de la Flor apareció con el cabello recogido en un moño alto, sofisticado y con agujas. Hasta ese momento yo no conocía lo que era una nuca de mujer: una parte del cuello que la melena ocultaba

siempre pudorosamente, pero que se mostraba entonces en todo su esplendor. La piel de esa parte se intuía suavísima, absolutamente nueva, con esos cabellos muy finos que no se dejan peinar, que se entreveran y adquieren formas caprichosas. Me pasé toda aquella clase deseando abalanzarme a besar esa nuca, a devorarla con mordiscos delicados.

Más tarde, agitado tras aquella experiencia, soñé con Matilde. Estábamos en una habitación con libros, como un viejo estudio. Yo entraba y allí estaba ella, de pie, leyendo un volumen que había sacado del estante. Podía verla como un emblema de la discreta elegancia: su falda y sus diminutos zapatos de tacón que realzaban sus caderas, su blusa clara y la nuca descubierta. Yo me acercaba por detrás y empezaba acariciando esa nuca deseada, mientras ella se volvía, dócil, entrecerrando los ojos. Luego empezaba a besarle la nuca y el cuello, hincaba mis dientes como si se tratara de una fruta fresquísima. El libro se caía, pero no importaba. Mis manos bajaban a su cintura, sus caderas y sus nalgas revestidas por la falda. Pero no quería desnudarla: quería complacerme con las texturas, con el roce de las prendas y la piel. Cada retazo de epidermis que reconocían mis dedos era la gloria. En otro momento del sueño, ella estaba sentada en una de esas butacas del estudio, me dejaba descalzarla, quitarle las medias y besarle los pies. Lentamente, me refocilaba acariciándolos con mis manos, friccionándolos y mordisqueándolos. Al inicio, ella apretaba los labios, miraba con inquietud, pero su gesto iba cambiando hasta adquirir una expresión de modorra. En ese momento, totalmente entregada, llevaba las plantas de sus pies a mi rostro y empezaba a frotármelos contra las mejillas y los

pómulos, guiando yo mismo el movimiento con mis manos. Tenía sus dedos sobre mis ojos, sus talones contra mi maxilar inferior. A ratos me llevaba una planta u otra contra la nariz, quitándome el aire, ahogándome y excitándome más. Manteníamos este ritmo hasta darme por vencido, exhausto, con el miembro hinchado y casi por eyacular. Entonces me despertaba de pronto y tenía que tocarme, reconstruyendo la escena concientemente, para poder dormir tranquilo, satisfecho.

¿Habría intuido Matilde que la observaba? ¿Se trasluciría el deseo en mi mirada? Pasó hace muchos años, pero recuerdo nítidamente el último día de clases. El profesor hizo un balance final del taller, expuso las ideas principales, repartió los diplomas de asistencia y firmó los libros de su autoría que llevaron los estudiantes. Recuerdo que, para admirar por última vez a Matilde, fui uno de los postreros en salir. Entonces ocurrió algo que aún ahora, aunque no me excita, me entusiasma casi tanto como en esa época. Yo estaba en el umbral y vi, a unos pocos metros, en medio del pasillo, a Matilde de la Flor que se detiene y flexiona la pierna izquierda contra su rodilla derecha, formando un triángulo. No vi lo que había ocurrido antes, pero intuyo que habría pisado mal o tendría alguna molestia al caminar. Me detengo bajo el marco de la puerta y la contemplo de espaldas, con el bolso sobre el hombro, llevando el pie izquierdo hacia el borde la falda. Por un segundo parece que su rodilla derecha va a doblarse, que no va a soportar el peso de su cuerpo. Entonces ella, sin perder el equilibrio, reclina el cuerpo hacia la derecha, pegando el codo del mismo lado contra la pared. Llego a ver cómo

suelta la hebilla del zapato izquierdo, lo desprende por el talón y vuelve a colocárselo, ajustando la hebilla otra vez. La operación no habrá durado más de un minuto. Ella asienta el pie izquierdo en el suelo de madera haciendo un sonido seco, pac, con el tacón mediano. Entonces se da cuenta que estoy detrás, clavado en el umbral, admirando el temple de su cuerpo. Me mira, con indulgencia o desdén, hace una media sonrisa, se pasa la mano por el cabello y sube la correa del bolso que estaba por deslizarse de su hombro. A continuación mira hacia adelante, con la barbilla en perpendicular al suelo y empieza un andar acompasado, pac, pac, hacia las escaleras, pac, pac, con un aplomo que solo he vuelto a ver en las mujeres de Roma y Milán.

Abrumado por la firmeza de sus pasos, por la sabiduría de un cuerpo negado a la torpeza o a la vulgaridad, no se me ocurrió mejor explicación que el nombre de un animal cuyo porte noble condensaba para mí todos los atributos que había encontrado en el desenvolverse de esa joven: el caballo. El ritmo sosegado, pero firme, de sus pisadas me hacía pensar en las de un corcel manso, enérgico y joven, sensible. A partir de ese momento nacieron para mí las mujeres como soberbios animales de paso.



### La serenidad de Clarissa Ardá

Clarissa Ardá acaba de celebrar su cumpleaños con un almuerzo en el club campestre del cual su abuelo fue socio fundador. “Cuando Leo Ardá llegó

a la ciudad se extrañó de que no hubiera dónde practicar equitación –él la practicaba de joven en su Barcelona natal- y animó a sus amigos del casino para llevar a cabo su propuesta”. Así nació el club campestre de nuestra capital y la familia Ardá siguió cultivando la equitación. Actualmente Clarissa es una de las amazonas más aplaudidas en cuanto competencia o exhibición se realice. Pero Clarissa no es solo una buena amazona. Ella es, ante todo, una mujer que ha hecho de la familia y de la cultura los dos pilares de su vida. Esta semana fue inaugurada la galería de arte “Leo Ardá”, el primero de los varios proyectos que la Fundación Ardá llevará a cabo en los próximos años con el legado del abuelo de Clarissa, célebre arquitecto a quien la ciudad le debe varios de sus edificios más emblemáticos. La joven patrona de las artes respondió así al test de Proust:

¿Cuál es tu mayor temor?

Quedarme sola.

¿Qué es para ti la felicidad perfecta?

Una tarde de lluvia bajo techo.

¿Cuál es tu mayor defecto?

Defecto y virtud, según se vea: confiar en las personas.

¿Cuál es el peor defecto que otros pueden tener?

La mezquindad.

¿Cuál es tu mayor extravagancia?

Comprar joyas sin fijarme en el precio.

¿Con qué personaje histórico te identificas?

María Antonieta.

¿Cuál es tu viaje favorito?

Nueva York.

¿Cuál consideras tu mayor virtud?



La franqueza.

¿Qué detestas de tu apariencia?

Mis caderas.

¿Cuál es la persona que más desprecias?

Toda persona que no sepa amar.

¿Qué palabra o frase usas con más frecuencia?

No sé.

¿Quién o qué es el amor de tu vida?

El aire puro.

¿En qué ocasiones mientes?

Cuando no quiero hacerle daño a nadie.

¿Cuál es tu héroe de ficción favorito?

Gabriel Conroy. (nota de redacción: personaje de “Los muertos” de *Dublineses*)

¿Cuál consideras tu mayor éxito?

El que todavía no llega.

¿Cuál es tu tesoro más querido?

Un *agnusdei*, heredado.

¿Cuál es tu ocupación favorita?

Limpiar y ordenar.

¿Cuál es la cualidad que más admiras en un hombre?

Virilidad.

¿Cuál es la cualidad que más admiras en una mujer?

Lealtad.

¿Qué defecto no soportas en hombres y en mujeres?

Otra vez lo diré: mezquindad.

¿Cuál sería tu mayor desgracia?

Perder la esperanza, la ilusión.

¿Cuál es tu color favorito?

Rojo.

¿Cuál es tu flor favorita?

La rosa.

¿Qué olor te trae recuerdos?

*Diorissimo*, un perfume que me recuerda a mi infancia.

¿Qué buscas en tus amigos?

Complicidad.

¿Cuál sería la mayor bajeza que uno puede cometer?

No saber amar.

¿Dónde te gustaría vivir?

Donde vivo está bien.

¿Qué talento especial te hubiera gustado tener?

Bailar.

¿Cuáles son tus escritores favoritos?

Henry James.

¿Cuál es tu música favorita?

Solo tres nombres: Mozart, Bach y Boccherini.

¿Cuál es tu pintor favorito?

Fragonard.

¿A qué persona viva admiras?

Antes a mi abuelo, que ya falleció, pero ahora a nadie en particular.

¿Cómo te gustaría morir?

En paz conmigo misma.

¿En qué persona te reencarnarías?

Una actriz.

¿Bajo qué bandera batallarías?

Bajo ninguna, voy por libre.

¿Cuál es tu lema?

Amar a pesar de todo.

¿De qué te arrepientes?

De no haber vivido una temporada en Londres.

## Capítulo II

Yo nunca he deseado nada con muchas fuerzas. Deseo poco y lo poco que deseo lo deseo poco. Las cosas han ido ocurriendo, pasando a mi alrededor. No es que no sienta que las merezca, es que no las he pedido. Todo esto le pudo pasar a otro y no habría diferencia alguna. Soy fotógrafo y puedo vivir de mi oficio. No es un trabajo tan duro, comparado con otros que tuve y que podría seguir teniendo, de no ser por varios golpes de suerte. Cuando me pongo a pensar así, recuerdo a mi abuelo, quien decía que mi segundo nombre, que no tengo, debió ser *Afortunado*. No tener segundo nombre en una ciudad como esta delata mi origen humilde. Ni siquiera me conocen por mi nombre de pila sino por mi apellido, Diéguez. Desde pequeño. Será una forma de no acercarse a mí, de mantenerme a raya. Me han tratado bien, me han dado cosas, gano dinero, hasta me celebran en las gacetillas, pero me dejan en claro que no soy como ellos, me lo hacen sentir.

Porque soy, simplemente, un plebeyo. Nací en un hospital (no en una clínica privada), no asistí a un buen colegio (ni religioso ni bilingüe, fui a una escuela pública), viví en un barrio pobre. Mi padre era policía y mi madre un ama de casa sin mayores estudios. Como policía, enviaron a papá a una provincia lejana en la época de mayor violencia, cuando yo era niño. Él tenía miedo, muchos amigos suyos morían en ese traslado, y entonces desertó a los pocos meses. Durante ese lapso mi madre salió

embarazada. De otro, naturalmente, que le daba dinero para el sostén de la casa en ausencia de su esposo. Al final perdió el bebé, pero mi padre no soportó los cuernos y nos dejó. De vez en cuando llamaba por teléfono o enviaba dinero. Expulsado de la policía, no tenía derecho a una pensión y trabajaba como taxista. Un buen día consiguió una visa falsa y se fue a Estados Unidos. Allí debe seguir. Cuando yo estuve en Chicago pensé en buscarlo, pero no lo hice. No le guardo rencor, tampoco especial afecto. Me da igual.

Mi madre me dejó crecer muy a mi aire. Se preocupaba por mí, pero no me presionaba para superarme y eso me hizo sentir desde siempre independiente. Quizás tampoco podía proyectarse de esa forma. Era ignorante. Yo también debo serlo, solo que soy más despierto y he leído un poco. Ser un autodidacto es otra de las cosas en las que me convertí sin proponérmelo. Cuando estaba en la escuela me aburría en las clases y solía escaparme. Así tuve mi primer trabajo, ayudando a un vendedor de periódicos. Como no había mucho que hacer durante buena parte del tiempo, esperando compradores, leía todo lo que teníamos en el puesto. Leer te sirve para incrementar el vocabulario y que la gente te respete. Es así de sencillo. Aunque leí muchísimo durante la secundaria por aquel empleo, no recuerdo gran cosa. Yo no tengo buena memoria.

Tal vez mi único talento es no aburrirme demasiado. Cuando empiezo a sentirme aburrido, cambio de ciudad o de oficio. No creo que tenga otra vocación o interés que no sea caminar. Cuando terminé la escuela, entré de ordenanza en una oficina pública. El puesto me lo ofreció el gerente, que iba

a comprar el diario y hablaba conmigo siempre. Ese trabajo era fácil, pero a los dos años estaba hastiado de él. Renuncié y estuve desempleado algunas semanas. No hice gran cosa por encontrar otro trabajo. Algo tenía que pasarme. Un día me encontré con uno de los empleados de la oficina y me preguntó si me interesaría trabajar en la agencia de viajes que él tenía con su esposa. Acepté porque me estaba quedando sin ahorros. Cuando empecé a trabajar en aquella agencia, me di cuenta de que yo estaba allí para mantenerlo informado de lo que hacía la mujer durante el día. A las pocas semanas, la esposa me dio a entender que sabía lo que estaba haciendo. Entonces se propuso acostarse conmigo para que mantuviera al esposo ignorante de sus movidas. Yo, que no me hago problemas en estos asuntos, me dejé llevar.

Me pasé un año en eso hasta que quise irme. Estando en la agencia, lo más fácil era coger un avión. Fragüé algunos papeles y me fui a Estados Unidos. Allí, estuve en Chicago primero y en San Francisco después. Hice de todo: desde trabajar en la cocina de restaurantes baratos en The Loop hasta limpiar piscinas, ya en California. No tenía futuro, pero tampoco pasado, así que no tenía nada que lamentar. Yo era, y aún soy, un hijo de la tierra. No había hecho nada para merecer algo mejor tampoco. A los veintiséis años, estaba repartiendo publicidad de un bar nudista en Columbus Avenue, en Frisco. Un día el patrón me pidió que ayudara con las luces al fotógrafo que había venido para confeccionar los carteles de la entrada. El de las fotos era paisano y me llevó a su estudio, feliz de poder trabajar con alguien que pudiera cocinarle algo de nuestro lejano país.

Trabajé un tiempo con él y me enseñó el negocio. ¿Qué me gustaba de la fotografía? Para empezar, no había que cargar nada y se trabajaba bajo techo. Solo había que saber colocar la cámara, calibrar las luces y presionar el botón. El resto es pura tecnología. Súmesele a ello que a las personas, o al menos a la gran mayoría de ellas, les encanta tomarse fotos. Por vanidad, la puta vanidad. Luego, es un oficio que todo el mundo considera interesante, por ende siempre te tratan bien. Y lo más importante para mí: no aburre. Cada trabajo presenta retos nuevos y tiene características singulares.

Hubiera permanecido en San Francisco, pero como no tenía papeles dependía del fotógrafo mi paisano para todo. Eso me molestaba y me dije que bien podía volver con este nuevo oficio bajo el brazo. Así lo hice. Vine al país con muestras de mi trabajo. Me tomaron en una revista deportiva. Tiraba fotografías de deportistas y partidos de fútbol. Luego me pasaron a modas. Allí me di cuenta de que como fotógrafo tenía el poder de manipular. Además, era más sencillo conocer mujeres. Si bien nunca he tenido dificultad para hacerlo, enrollarte con tus propias modelos tiene un no sé qué de ruin que me religa con mis orígenes.

Lo último que me pasó, producto del azar, es que me han propuesto hacer una exposición de mi trabajo. La directora de fotografía de la revista empezó a fijarse en algo que ella llama “naturalismo” en las imágenes que capto. Así, me dio una licencia de seis meses para fotografiar lo que se me diera la gana, pero manteniendo ese efecto. Como yo no entiendo del todo de qué se trata, simplemente he estado tomando una fotografía de aquello que

me llama la atención cada semana. En el camino he redescubierto muchas cosas y personas, como viéndolas por primera vez. Ya acabó la licencia y estoy seleccionando junto a ella las fotos que usaremos, aunque nos faltan detalles: el título de la exposición, un lugar donde montarla, alguien que escriba el catálogo, etc. Como siempre, trato de no tomármelo en serio. A veces, cuando viene la gente para que la fotografía sienta a alguien con un amago de reverencia frente a mí, tal vez porque cree que lo que hago vale la pena. Entonces me sonrío y me digo, tomando una copa: “No lo has hecho nada mal, considerando que tu padre era policía, que tu madre nunca tuvo más de un vestido y que tus abuelos eran semianalfabetos”. No creo que sea mejor que ellos. Seguramente fueron infelices y soñaban con vidas mejores que las que tuvieron. Yo, ni lo uno ni lo otro. No me interesa. Vivo el día y me basta. Eso explica que no tenga memoria. Tengo algunos recuerdos, pero no los albergo como un tesoro: no creo que todo tiempo por pasado sea mejor. Las fotos no tienen que ver con la nostalgia, sino con el instante, un golpe mecánico. No hay tiempo en la imagen. Igualmente, tomada la foto, ya no queda nada. Todo se pierde, todo cambia: la modelo cambia de posición, se va al camerín, tú apagas las luces, te olvidas.

Me interesa saber cómo me sentiré luego de la exposición. Según eso, veré si sigo un tiempo más en esto, me mudo o cambio de oficio. Todavía no me aburro, pero habrá que ver si algo cambia en ellos o en mí tras este lanzamiento artístico. Quizás entonces se den cuenta de que soy una especie de polizón y que deben expectorarme, como una miasma que se

## Títulos publicados

### Colección Mirada Ensayo

- **Blas Matamoro Rossi (Argentina)**  
01 - *Lógica de la dispersión o de un saber melancólico*
- **Arturo García Ramos (España)**  
02 - *El cuento fantástico en el Río de la Plata*

### Colección Mirada Narrativa

- **Consuelo Triviño Anzola (Colombia)**  
01 - *Prohibido salir a la calle*
- **Guillermo Roz (Argentina)**  
02 - *La vida me engañó*
- **Héctor Perea (México)**  
03 - *Los párpados del mundo*
- **Luis Fayad (Colombia)**  
04 - *Testamento de un hombre de negocios*
- **Juan Moro (España)**  
05 - *La última parroquia antes de América*
- **Darío Ruiz Gómez (Colombia)**  
06 - *Crímenes municipales*
- **Alexander Prieto Osorno (Colombia)**  
07 - *Bonitos crímenes*
- **Guillermo Roz (Argentina)**  
08 - *Avestruces por la noche. Dos nouvelles*
- **Fernando R.Mansilla (Perú)**  
09 - *Gabinete veneciano*





#### Colección Mirada Poesía

- **Samuel Serrano (Colombia)**  
o1 – *El hacha de piedra*
- **Anna Blasco Olivares (España)**  
o2 – *Los mares de arroz*
- **Darío Ruiz Gómez (Colombia)**  
o3 – *En ese lejano país en donde ahora viven mis padres*

#### Colección Mirada Arte

- **Alfonso Fernández-Cid Fenollera (España)**  
o1 – *Fenollera. Catálogo. Obra pictórica*

#### Colección Mirada Miscelánea

- **M. Carme Melchor Carpio (España)**  
o1 – *Así sea (Aché To)*
- **M. Carme Melchor Carpio (España)**  
o2 – *Reflexos d' ultramar*
- **Alfredo Cerda Muños (México)**  
o3 – *El teatro universitario en Guadalajara entre 1960 y 1990*

#### Colección Mirada Digital

- **Rosario González Galicia (España)**  
o1 – *Estudio dialectológico de nombres de plantas silvestres en la comarca de la Campiña segoviana (gratuito)*
- **Blas Matamoro (Argentina)**  
o2 – *Malos ejemplos (gratuito)*
- **Pedro Granados (Perú)**  
o3 – *Al filo del reglamento. Poesía (1978-2005) (gratuito)*
- **Blas Matamoro Rossi (Argentina)**  
o4 – *Lógica de la dispersión o de un saber melancólico (Edición Digital)*

- **Consuelo Triviño Anzola (Colombia)**  
05 - *El ojo en la aguja*
- **Consuelo Triviño Anzola (Colombia)**  
06 - *Prohibido salir a la calle* (Edición Digital)
- **Anna Blasco Olivares (España)**  
07 - *Los mares de arroz* (Edición Digital)
- **Guillermo Roz (Argentina)**  
08 - *Avestruces por la noche* (Edición Digital)
- **Encarnita Vital Sacramento (España)**  
09 - *Menos cuento que Calleja*
- **Darío Ruiz Gómez (Colombia)**  
10 - *En ese lejano país en donde ahora viven mis padres* (Edición Digital)
- **Alfredo Cerda Muños (México)**  
11 - *El Teatro Universitario en Guadalajara entre 1960 y 1990* (Edición Digital)
- **Arturo García Ramos (España)**  
12 - *El cuento fantástico en el Río de la Plata* (Edición Digital)
- **Luis Fayad (Colombia)**  
13 - *Testamento de un hombre de negocios* (Edición Digital)
- **Fernando R.Mansilla (Perú)**  
14 - *Gabinete veneciano* (Edición Digital)
- **Héctor Perea (México)**  
15 - *Los párpados del mundo* (Edición Digital)